

¿SU TRABAJO EXISTE?

A continuación, encontrará usted 30 aseveraciones referentes a las condiciones laborales en las que puede situarse personalmente. El objetivo de este *test* es determinar, con base en los lineamientos marcados por las leyes, convenciones y marcos filosóficos que supuestamente deberían regir a todos los ámbitos laborales, *qué tanto existe* para el resto del mundo su profesión, oficio o empleo. Cada respuesta en positivo significa un paso hacia el rango máximo de existencia, que supondría condiciones laborales estables, prestigiadas, reconocidas y protegidas en todos los flancos posibles, públicos y privados. A partir de ahí, cada quien puede hacer el cálculo para los resultados obtenidos al responder según la propia ocupación, temporal o permanente. Si tiene usted varios trabajos, es necesario que haga el ejercicio con cada uno y al final atraviere los resultados para saber en qué áreas están sus fortalezas y en cuáles sus debilidades. Recuerde también que es esta una práctica meramente indagatoria (recreativa, si prefiere llamarla así), de modo que no se obliga a nadie a realizarla. Comencemos.

Sólo un favor: elija usted cualquier marca para llenar los cuadros correspondientes, excepto la equis.

- Existe un sindicato para quienes ejercen su labor (si tiene una flamante afiliación, punto extra).
- Percibe una remuneración económica fija, previamente acordada.
- Existe un contrato o, al menos, un acuerdo previo sobre el tiempo en que realizará esas labores.
- Entre las posibilidades de su trabajo está el acceso a las prestaciones laborales marcadas por la ley (por cada prestación que realmente reciba usted, punto extra).
- Tiene un lugar fijo para realizar sus labores.
- Tiene un horario fijo para realizar sus labores.

- Conoce perfectamente quién funge como su sector patronal.
- La relación con ese sector patronal es estrictamente profesional.
- Sus logros particulares y generales son susceptibles de reconocimiento formal por parte de terceros.
- Existe un esquema de ascenso por méritos, antigüedad u otro criterio.
- Si usted decide renunciar, hay formatos para proceder en estricta profesionalidad.
- Existen escuelas de cualquier nivel para adiestramiento, capacitación y/o profesionalización en sus labores.
- Sus labores son ejercidas con base en indicadores claros de productividad.
- La calidad de su trabajo puede determinarse por el nivel de cumplimiento o incumplimiento de metas precisas.
- Los conocimientos adquiridos al ejercer sus labores pueden aplicarse a labores futuras o simultáneas.
- Puede reconocer fácilmente a una comunidad cercana de personas que realizan labores similares a usted.
- Puede reconocer fácilmente a personas expertas en el área en la cual realiza usted su trabajo.
- Su trabajo protagoniza una efeméride en su país, región o en el mundo, además del Día del Trabajo.
- Si ya tiene seis meses o más de experiencia en su actual ocupación, está en posibilidades de adiestrar o aconsejar a alguien que comienza.
- Tiene usted una rutina específica para realizar sus labores.
- Al final de su jornada puede descansar.
- Si se proyecta a futuro, tiene opción de jubilarse y pensionarse para vivir una vejez tranquila.
- Puede usted ejercer sus labores sin entablar un vínculo emocional con el objeto de su trabajo.
- Le es perfectamente posible reconocer cuándo está trabajando y cuándo no.
- Es muy claro cuándo está haciendo horas extras (punto extra si son remuneradas).
- Existen instituciones bien definidas a las que puede acudir en caso de desacuerdos, inconformidades o injusticias que se den en su espacio laboral.
- La división entre los asuntos personales y los asuntos de trabajo es diáfana y no se presta a confusiones.

- En su día o días de descanso, no realiza actividades ni remotamente parecidas a las que realiza en su trabajo.
- Tiene acceso a un esquema claro de licencias y permisos, con o sin goce de sueldo.
- Si el mundo cambiara mágicamente y todos los seres humanos tuvieran la oportunidad de dedicarse a lo que más aman, usted seguiría realizando ese mismo trabajo.

TOTAL:

Si cada marca significa un grado de existencia para el trabajo ejercido en tanto satisfacción personal, legitimación, reconocimiento y prestigio social, quienes afirmen para sí mismos las 30 aseveraciones o más, considerando los puntos extra, podrían decir bajo este marco que tienen un trabajo estable, bien remunerado, protegido y suficientemente posicionado en su entorno. De 26 a 29 puntos, estarían todavía en un nivel de aceptabilidad en el que hasta por inercia esperanzada se pensaría que el rango podría aumentar, eventualmente. De 21 a 25, el escenario deja de ser tan promisorio, pero aún se estaría en una franja de visibilidad y posible negociación. De 16 a 20, el asunto se complica porque, además, se puede comenzar a pensar en qué ámbitos se encuentran las afirmaciones marcadas para definir la gravedad de la situación. Pero a partir de ahí, se va en picada. Si bien tener de 11 a 15 puntos significa poseer alrededor de la mitad de las condiciones ideales, ya no es posible pensar en protección ni en reconocimiento, por ejemplo, y de 10 hacia cero se estaría hablando de una precariedad pasmosa.

Personalmente, desearía que hubiera entre las lectoras y los lectores de este libro un buen porcentaje que tuviera el mínimo de 75% de aseveraciones marcadas en positivo, puesto que sería un signo de esperanza, incluso para quienes estamos en el nivel ínfimo. Como siempre, saber de alguien cercano que se encuentra en mejores condiciones que las propias da un cierto grado de optimismo; algo absurdo, pero optimismo al fin. Por eso, —y porque siempre es un poco más alentador pensar que Una es quien

tiene mala suerte y no que el sistema está hecho para aplastarnos a como dé lugar— intento convencerme de que habrá “mucha gente” que al leer la lista de criterios no le vea caso ni entienda desde dónde o para qué se están formulando, si es lo mínimo indispensable con lo que cuenta un trabajo, *su* trabajo.

Desafortunadamente, todo parece indicar que la tendencia va exactamente para el lado contrario.

Cuando comencé a hacer esta lista tenía todas las energías depositadas en señalar la sistemática y terrible invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados, que es el asunto central de este libro. Pero justo cuando había terminado de escribir los 30 criterios, vino a mi casa mi amiga N, y durante la plática surgió el tema. Me pareció buena idea leerle los enunciados y decirle mi propósito al redactarlos, después de platicarle de mi investigación sobre los elementos constitutivos de un esquema laboral. Ella, que se dedica a labores editoriales, es una gran poeta y doctorante en literatura, me escuchó por un momento y poco después me detuvo; me pidió volver a leer pero más lento, a fin de que ella misma pudiera responder al ejercicio. El asunto se tornó un poco más serio. N respondió “sí” o “no” a cada pregunta y en algún punto sacamos la conclusión: tampoco ella podía marcar como afirmativa prácticamente ninguna de esas casillas.

Enseguida, pensé en hace un año, cuando era yo profesora de secundaria, e intenté responder el ejercicio con mis condiciones de ese momento. Apenas pude marcar la mitad de los enunciados: tampoco ese trabajo me garantizaba una situación de tranquilidad ni plenos derechos. ¿Y qué significa eso en términos meramente humanos, personales, familiares, políticos? Esa es la pregunta que me ha resonado desde aquel día, cada vez más. La precarización laboral es una cuestión que parece no detenerse ante nada y basta abrir una de sus cloacas para que aparezcan más dudas y más inconsistencias: ¿Qué debe tener un trabajo para que alguien escuche que otro se dedica a eso y no le parezca extraño, absurdo, inútil, humillante, una pérdida de tiempo? ¿Qué hace al prestigio, a la satisfacción, al reconocimiento? ¿Cuándo llegamos a una estructura en la que hay que ganarse la vida como si, muy evidentemente, no la tuviéramos ganada, ni segura, ni valorada? Y a todo esto, ¿quién en este mundo quiere, pero realmente, *quiere* trabajar?

El negrito del Batey deja todo el trabajo al buey porque el trabajo, dice, lo hizo dios como castigo¹. Es posible que todos, quienes trabajamos, es-

¹ La representación de lo laboral en las artes, especialmente la música popular de distintos géneros, es un tema apasionante que habría que estudiar con mayor cuidado y mayores perspectivas. Pasando por canciones que ponen el énfasis en la opresión

temos de acuerdo con ello y asintamos con un gesto milenario, aprendido desde hace quién sabe cuántas generaciones (en una enseñanza a doble cara que al mismo tiempo nos insiste en que debemos ser productivos, luchones, esforzados), cada vez que alguien insinúa que hacen falta vacaciones, que el tiempo es tan corto y tan largos los pendientes, que el día tendría que tener 38 horas, que qué cansado es todo. Y sí, qué cansado.

Yo escribo este libro para hablar del binomio irrenunciable entre el trabajo de cuidados y el doméstico, a partir de una experiencia propia que me ha obligado a ver la vida entera con otros filtros. Y por este sesgo circunstancial es que me obligo yo misma a ponerlo en palabras: me da tanto miedo olvidarme de algo como no poder contribuir a que alguien, al menos una persona más, lo vea también. Porque lo doméstico y los cuidados, estas dos referencias en apariencia comunes y tramposamente familiares, representan un punto ciego en la precarización de lo laboral. Lo que no quiere decir que todos los demás ámbitos en los que se desempeña tanta gente no sufran de precarización, sino que dentro de todo ese panorama de lo público —de quien debe caminar, manejar o tomar transporte público hacia su *lugar de trabajo*— habría que añadir también lo que sucede a puerta cerrada en las casas, en los parentescos, en las dinámicas de las que no se habla porque nos han enseñado que lo que se hace en privado se hace por voluntad, por afecto y por costumbre. Pero ahí también hay trabajo y de proporciones nunca justamente ponderadas.

De eso quiero hablar. Y de todo lo que surja a partir de ello.

que significa una estructura diseñada para perpetuar la diferencia de clases (como “Working in the coal mine” de Lee Dorsey, “Working class hero” de John Lennon o “She works hard for the money” de Donna Summer); aquellas que exaltan las emociones individuales ante el trabajo que se realiza o anécdotas específicas (como “El arriero” de Atahualpa Yupanqui o “Construção” de Chico Buarque); hasta las que expresan una completa negación hacia el trabajo (como “La guitarra” de Los Auténticos Decadentes o “No voy a trabajar” del grupo Bermudas). Las aproximaciones a este tema complicado para la humanidad no tienen pocos vericuetos. Cabe mencionar la enorme fuerza que posee la endoculturación, es decir, la suma de discursos con que una generación recibe a la siguiente para imbuirle ciertos preceptos y esquemas, a menudo contradictorios, que se alimentan con todo lo percibido dentro de lo privado y de lo público. Tomando en cuenta todo esto, más las manifestaciones culturales que aquí ni siquiera se han nombrado pero que están, habría que considerar desde qué edad comenzamos a considerar el trabajo como una vivencia tan importante, tan exigente y tan problemática.